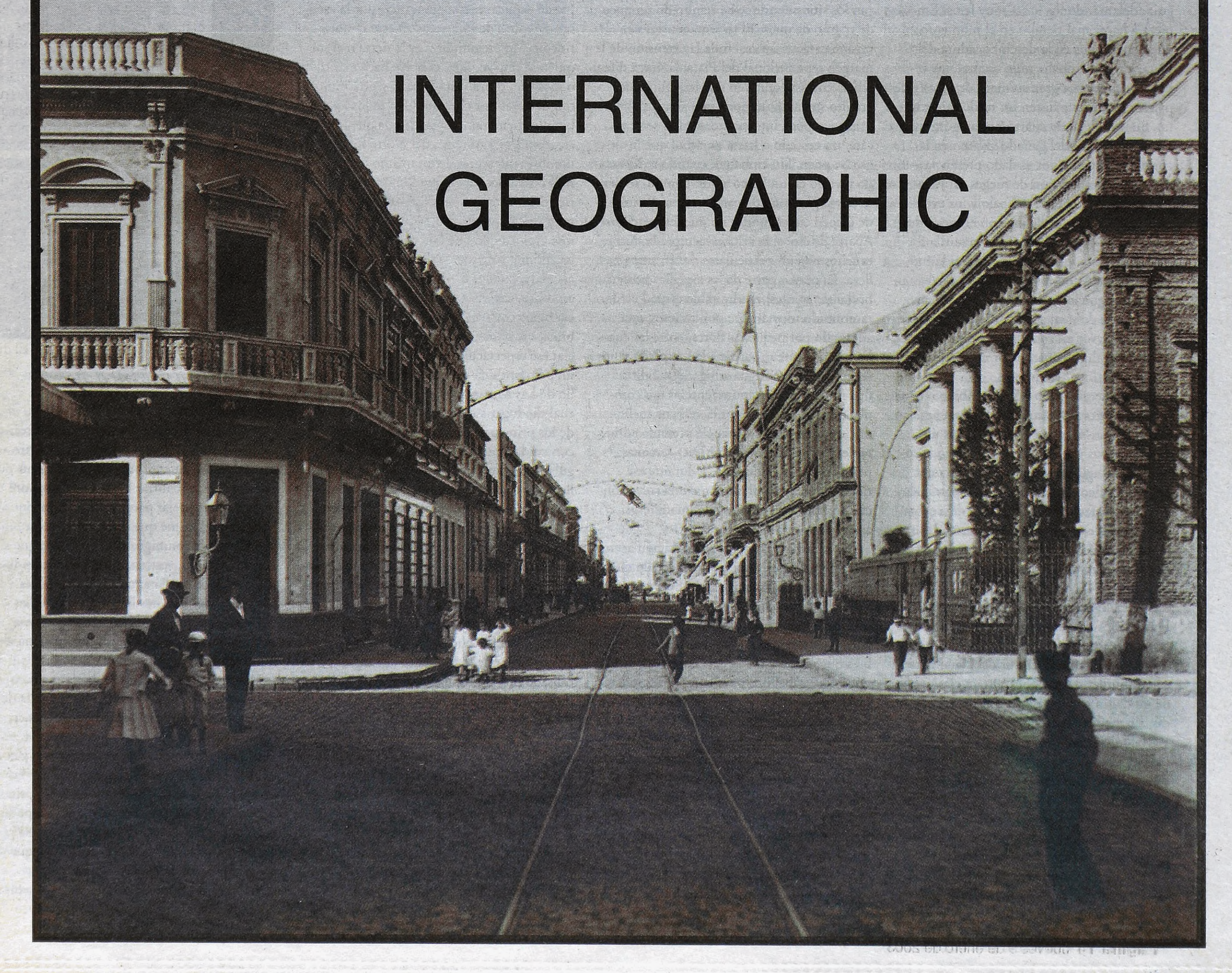
**Por Rodrigo Fresán**

Había una vez un barco llamado "H.M.S. Beagle" cuyo capitán se llamaba Fitz Roy y que llevaba a bordo a un joven y entusiasta y rebelde pasajero de veintidós años cuya primera misión era trazar mapas y particularidades de las cosas de América del Sur. La paga por semejante trabajo era, sépanlo, nada más una palmada de agradecimiento en el hombro. Fitz Roy –cristiano fundamentalista– en principio se negó a embarcarlo argumentando que "su nariz no posee el suficiente carácter". Pero el chico tenía ganas y de algo le sirvió porque, a la hora de volver, cinco años después de zarpar y de vomitar demasiadas veces por la borda como consecuencia de su estómago mareable –la travesía se extendió de 1831 a 1836– se pondría a dar forma a algo por lo que sería mundialmente famoso y tan celebrado como odiado.

Ocurre que Charles Darwin (1809-1882) –naturalista e hijo de familia de buena posición– se fue de viaje y no volvió con soporíferas anécdotas y diapositivas fuera de foco. No, Darwin volvió y escribió –a partir de lo observado en América del Sur y en las Islas Galápagos– un libro que publicó en 1859 y que tiene un título largo y alcances más largos todavía: *On the Origin of Species by Means of Natural Selection or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*. En resumen: seis ediciones vendidas en seis días, bienvenida la Teoría de la Evolución y la Selección Natural, adiós a la Teoría de la Catástrofe (sólo sobrevivieron las especies a bordo del Arca de Noé, sólo los cataclismos pueden alterar el mapa de los seres vivos y nada ha cambiado desde el principio) y a tantas otras enseñanzas divinas contenidas en la Biblia y –¿¡sorpresa!?– puede que el hombre ascienda hacia Dios, pero a partir de ahora desciende del mono. Debates, polémicas, promesas de llamas eternas y condena del clero y Darwin envejeció tranquilo hasta adquirir ese look de profeta del Antiguo Testamento y –tal vez cansado de la estupidez del ser humano– prefirió distraerse dedicándose a investigaciones botánicas. Antes de las conclusiones, está la introducción que constituye el diario de Darwin escrito a bordo del "Beagle" y en los diferentes puertos –incluido "Buenos Ayres"– en los que hizo escala. No es casual, pienso, que su diario se lee –a pesar de ser un ejemplo de documentación obsesiva e in situ y de ejemplar prosa científica del siglo XIX y de combinar vida de animales con vida de marineros– como *El libro de las maravillas* de Marco Polo: ahí están los mismos ojos abiertos, la sonrisa asombrada, la mano escribiendo a toda velocidad y la emoción apenas contenida de quien empieza a descubrir algo que estuvo todo el tiempo allí pero nadie había visto. Porque el viaje del joven Darwin descubre acaso el paisaje y el territorio más importante de todos: el punto exacto en el que comenzó nuestra odisea sobre este planeta.

# INTERNATIONAL GEOGRAPHIC



# Viaje de un naturalista alre

En todas las casas me piden que enseñe la brújula e indique en un mapa la dirección de diferentes ciudades. Produce la más intensa admiración el que yo, un extranjero, pueda indicar el camino (porque camino y dirección son dos voces sinónimas en este país llano), para dirigirse a tal o cual punto donde jamás estuve.

**Por Charles Darwin**

## *Montevideo*

Maldonado. 5 de julio de 1832. Largamos velas por la mañana y salimos del magnífico puerto de Río. Durante nuestro viaje hasta el Plata no vemos nada de particular, como no sea un día una grandísima bandada de marsopas, en número de varios millares. El mar entero parecía surcado por estos animales, y nos ofrecían el espectáculo más extraordinario cuando cientos de ellos avanzaban a saltos, que hacían salir del agua todo su cuerpo. Mientras nuestro buque corría nueve nudos por hora, esos animales podían pasar y repasar por delante de la proa con la mayor facilidad y seguir adelantándonos hasta muy lejos. Empieza a hacer mal tiempo en el momento en que penetramos en la desembocadura del Plata. Con una noche muy oscura, nos vemos rodeados por gran número de focas y de pájaros bobos que hacen un ruido tan extraño, que el oficial de cuarto nos asegura que oye los mugidos del ganado vacuno en la costa. Otra noche nos es dado presenciar una magnífica función de fuegos artificiales... naturales: el tope del palo y los extremos de las vergas brillaban con el fuego de San Telmo; casi podíamos distinguir la forma de la veleta, que parecía como si la hubiesen frotado con fósforo. El mar estaba tan luminoso, que los pájaros bobos parecían dejar detrás de sí en su superficie un reguero de luz, y de vez en cuando las profundidades del cielo se iluminaban de pronto al fulgor de un magnífico relámpago.

En la desembocadura del río, observo con mucho interés la lentitud con que se mezclan las aguas marinas y las fluviales. Estas últimas, fangosas y amarillentas, flotan en la superficie del agua salada gracias a su menor peso específico. Podemos estudiar particularmente este efecto en la estela que deja el barco, allí donde una línea de agua azulada se mezcla con el líquido circundante después de cierto número de pequeñas resacas.

26 de julio. Anclamos en Montevideo. Durante los dos años siguientes, el Beagle se ocupó en estudiar las costas orientales y meridionales de América al sur del Plata. Para evitar inútiles repeticiones extracto las partes de mi diario referentes a las mismas comarcas, sin atender al orden en que las visitamos.

Maldonado está en la margen septentrional del Plata a poca distancia de la desembocadura de este río. Es una población pequeña, muy miserable y muy tranquila. Está construida como todas las de este país, cruzándose las calles en ángulo recto y con una gran plaza en el centro, cuya extensión hace resaltar aún más el escaso número de habitantes. Apenas hay algo de comercio; las exportaciones se limitan a algunas pieles y algunas cabezas de ganado vivo. La población se compone principalmente de propietarios, algunos tenderos y los artesanos necesarios, tales como herreros y carpinteros, que ejecutan todos los trabajos en un radio de 50 millas. La población está separada del río por una hilera de colinas de arena como de una milla de anchura (1609 metros); la rodea por las otras partes una planicie ligeramente ondulada y cubierta por una capa uniforme de hermoso césped, el cual ramonean innumerables rebaños de ganado vacuno, lanar y caballar. Hay muy pocas tierras cultivadas, hasta en los alrededores más próximos a la población.

Algunos setos de cactus y de agaves indican los sitios donde se ha sembrado un poco de trigo o de maíz. El terreno conserva el mismo carácter en casi toda la extensión de la margen septentrional del Plata; la única diferencia consiste quizá en que las colinas de granito son aquí un poco más altas. El paisaje es muy poco interesante: apenas se ve una casa, un cercado o hasta un árbol que lo alegre un poco. Sin embargo, cuando se ha estado metido en un barco algún tiempo, se siente cierto placer en pasearse aun por llanuras de césped cuyos límites no pueden percibirse. Aparte de eso, si la vista es siempre la misma muchos objetos particulares tienen suma belleza. La mayor parte de las avecillas poseen brillantes colores; el admirable césped verde, ramoneado muy al rape por las reses, está adornado por pequeñas flores, entre las cuales hay una que se parece a la margarita y nos recuerda a una antigua amiga. ¿Qué diría una florista al ver llanuras enteras tan completamente cubiertas por la verbena melindre, que aun a gran distancia presenta admirables matices de escarlata? Diez semanas permanecí en Maldonado, y durante ese tiempo pude proporcionarme una colección casi completa de los animales mamíferos, aves y reptiles de la comarca.

Antes de hacer ninguna observación acerca de estos animales, contaré un viajecillo que hice hasta el río Polanco, ubicado a unas 70 millas en dirección al norte. Como prueba de excesiva baratura de todas las cosas en este país, puedo citar el hecho de que dos hombres que me acompañaban con un rebaño de unos doce caballitos de silla no me costaban más que dos pesos al día. Mis acompañantes llevaban sables y pistolas, precaución que yo creía bastante inútil.

Sin embargo, una de las primeras noticias que llegaron a nuestros oídos fue que la víspera habían asesinado a un viajero que venía de Montevideo: habíase encontrado su cadáver en el camino, junto a una cruz puesta en memoria de un homicidio análogo.

Pasamos la primera noche en una casita de campo aislada. Noto allí bien pronto que poseo dos o tres objetos (y sobre todo una brújula de bolsillo) que producen el más extraordinario asombro. En todas las casas me piden que enseñe la brújula e indique en un mapa la dirección de diferentes ciudades. Produce la más intensa admiración el que yo, un extranjero, pueda indicar el camino (porque camino y dirección son dos voces sinónimas en este país llano), para dirigirse a tal o cual punto donde jamás estuve. En una casa, una mujer joven y enferma en cama, hace que me rueguen ir a enseñarle la famosa brújula. Si grande es su sorpresa, aún es mayor la mía al ver tanta ignorancia entre gentes dueñas de miles de cabezas de ganado y de estancias de grandísimas extensiones. Sólo puede explicarse esta ignorancia por la escasez de visitas de forasteros en este remoto rincón. Me preguntan si es la tierra o el sol quien se mueve, si en el norte hace más calor o más frío, dónde está España y otra multitud de cosas por el estilo. Casi todos los habitantes tienen una vaga idea de que Inglaterra, Londres y América del Norte son tres nombres diferentes de un mismo lugar; los más instruidos saben que Londres y la América del Norte son países separados, aunque muy cerca uno de otro, y que Inglaterra ¡es una gran ciudad que está en Londres! Llevaba conmigo algunas cerillas químicas, y las encendía con los dientes. No tenía límites el asombro, a la vista de un hombre que producía fuego con los dientes; así es que acostumbraba a reunirse toda la familia para presenciar ese espectáculo. Un día me ofrecieron un peso por una sola cerilla. En el pueblecillo de Las Minas me vieron jabonarme, lo cual dio lugar a comentarios sin cuento, uno de los principales negociantes me interrogó con cuidado acerca de esta práctica tan singular; preguntóme también por qué a bordo llevábamos barba, pues había oído decir a nuestro guía que entonces gastábamos barba. Ciertamente le era yo muy sospechoso. Tal vez hubiera oído hablar de las abluciones mandadas por la religión mahometana; y sabiendo que era yo hereje, probablemente sacaría la consecuencia de que todos los herejes son turcos. Es usual en este país pedir hospitalidad por la noche en la primera casa algo acomodada que se encuentra. El asombro causado por la brújula y mis demás baratijas servíanme hasta cierto punto, pues con esto y las largas historias que contaban los guías acerca de mi costumbre de romper las piedras, mi facultad de distinguir las serpientes venenosas de las que no lo eran, mi pasión por coleccionar insectos, etc., me hallaba en situación de pagarles su hospitalidad. Verdaderamente, hablo como si me hubiese visto en plena Africa central; no halagará a la banda oriental mi comparación; pero tales eran mis sentimientos en aquella época.



## *De Bahía Blanca a Buenos Aires*

8 de septiembre 1833. Me convengo con un gaucho para que me acompañe durante mi viaje hasta Buenos Aires; me cuesta no poco trabajo encontrar uno. Ya es un padre que no quiere dejar partir a su hijo; ya vienen a participarme que otro, que parecía dispuesto a ir conmigo, es tan cobarde que si ve a lo lejos un avestruz lo tomará por un indio y huirá inmediatamente. Desde Bahía Blanca a Buenos Aires hay unas 400 millas (640 kilómetros), y así siempre se atraviesa un país deshabitado. Salimos una mañana muy temprano.

Después de una ascensión de algunos centenares de pies, para salir de la hondonada de verde césped donde se levanta Bahía Blanca, entramos en una extensa llanura desolada. Está cubierta de restos de rocas calcáreas y arcillosas, pero el clima es tan seco que apenas se ven algunas matas de hierba marchita, sin un solo árbol, sin un solo tallar que rompa su monotonía. El tiempo es hermoso, pero la atmósfera está muy caliginosa. Creía yo que ese estado atmosférico presagiaba una tormenta; el gaucho me dijo que ese estado se

# Viaje de un naturalista alrededor del mundo



En todas las casas me piden que enseñe la brújula e indique en un mapa la dirección de diferentes ciudades. Produce la más intensa admiración el que yo, un extranjero, pueda indicar el camino (porque camino y dirección son dos voces sinónimas en este país llano), para dirigirse a tal o cual punto donde jamás estuve.

**Por Charles Darwin**

## *Montevideo*

Maldonado. 5 de julio de 1832. Largamos velas por la mañana y salimos del magnífico puerto de Río. Durante nuestro viaje hasta el Plata no vemos nada de particular, como no sea un día una grandísima bandada de marsopas, en número de varios millares. El mar entero parecía surcado por estos animales, y nos ofrecían el espectáculo más extraordinario cuando cientos de ellos avanzaban a saltos, que hacían salir del agua todo su cuerpo. Mientras nuestro buque corría nueve nudos por hora, esos animales podían pasar y repasar por delante de la *proa con la mayor facilidad y* seguir adelantándonos hasta muy lejos. Empieza a hacer mal tiempo en el momento en que penetramos en la desembocadura del Plata. Con una noche muy oscura, nos vemos rodeados por gran número de focas y de pájaros bobos que hacen un ruido tan extraño, que el oficial de cuarto nos asegura que oye los mugidos del ganado vacuno en la costa. Otra noche nos es dado presenciar una magnífica función de fuegos artificiales... naturales: el tope del palo y los extremos de las vergas brillaban con el fuego de San Telmo; casi podíamos distinguir la forma de la veleta, que parecía como si la hubiesen frotado con fósforo. El mar estaba tan luminoso, que los pájaros bobos parecían *dejar detrás de sí en su superficie un reguero* de luz, y de vez en cuando las profundidades del cielo se iluminaban de pronto al fulgor de un magnífico relámpago.

En la desembocadura del río, observo con mucho interés la lentitud con que se mezclan las aguas marinas y las fluviales. Estas últimas, fangosas y amarillentas, flotan en la superficie del agua salada gracias a su menor peso específico. Podemos estudiar particularmente este efecto en la estela que deja el barco, allí donde una línea de agua azulada se mezcla con el líquido circundante después de cierto número de pequeñas resacas.

26 de julio. Anclamos en Montevideo. Durante los dos años siguientes, el Beagle se *ocupó en estudiar las costas orientales y me*ridionales de América al sur del Plata. Para evitar inútiles repeticiones extracto las partes de mi diario referentes a las mismas comarcas, sin atender al orden en que las visitamos.

Maldonado está en la margen septentrional del Plata a poca distancia de la desembocadura de este río. Es una población pequeña, muy miserable y muy tranquila. Está construida como todas las de este país, cruzándose las calles en ángulo recto y con una gran plaza en el centro, cuya extensión hace resaltar aún más el escaso número de habitantes. Apenas hay algo de comercio; las exportaciones se limitan a algunas pieles y algunas cabezas de ganado vivo. La población se compone principalmente de propietarios, algunos tenderos y los artesanos necesarios, tales como herreros y carpinteros, que ejecutan todos los trabajos en un radio de 50 millas. La población está separada del río por una hilera de colinas de arena como de una milla de anchura (1609 metros); la rodea por las otras partes una planicie ligeramente ondulada y cubierta por una capa uniforme de hermoso césped, el cual ramonean innumerables rebaños de ganado vacuno, lanar y caballar. Hay muy pocas tierras cultivadas, hasta en los alrededores más próximos a la población.

Algunos *setos de cactus y de agaves indi*can los sitios donde se ha sembrado un poco de trigo o de maíz. El terreno conserva el mismo carácter en casi toda la extensión de la margen septentrional del Plata; la única diferencia consiste quizá en que las colinas de granito son aquí un poco más altas. El paisaje es muy poco interesante: apenas se ve una casa, un cercado o hasta un árbol que lo alegre un poco. Sin embargo, cuando se ha estado metido en un barco algún tiempo, se siente cierto placer en pasearse aun por llanuras de césped cuyos límites no pueden percibirse. Aparte de eso, si la vista es siempre la misma muchos objetos particulares tienen suma belleza. La mayor parte de las avecillas poseen brillantes colores; el admirable césped verde, *ramoneado muy al rape por las reses, está* adornado por pequeñas flores, entre las cuales hay una que se parece a la margarita y nos recuerda a una antigua amiga. ¿Qué diría una florista al ver llanuras enteras tan completamente cubiertas por la verbena melindre, que aun a gran distancia presenta admirables matices de escarlata? Diez semanas permanecí en Maldonado, y durante ese tiempo pude proporcionarme una colección casi completa de los animales mamíferos, aves y reptiles de la comarca.

Antes de hacer ninguna observación acerca de estos animales, contaré un viajecillo que hice hasta el río Polanco, ubicado a unas 70 millas en dirección al norte. Como prueba de excesiva baratura de todas las cosas en este *país, puedo citar el hecho de que dos hom*bres que me acompañaban con un rebaño de unos doce caballitos de silla no me costaban más que dos pesos al día. Mis acompañantes llevaban sables y pistolas, precaución que yo creía bastante inútil.

Sin embargo, una de las primeras noticias que llegaron a nuestros oídos fue que la víspera habían asesinado a un viajero que venía de Montevideo: habíase encontrado su cadáver en el camino, junto a una cruz puesta en memoria de un homicidio análogo.

Pasamos la primera noche en una casita de campo aislada. Noto allí bien pronto que poseo dos o tres objetos (y sobre todo una brújula de bolsillo) que producen el más extraordinario asombro. En todas las casas me piden que enseñe la brújula e indique en un mapa la dirección de diferentes ciudades. Produce la más intensa admiración el que yo, un extranjero, pueda indicar el camino (porque camino y dirección son dos voces sinónimas en este país llano), para dirigirse a tal o cual punto donde jamás estuve. En una casa, una mujer joven y enferma en cama, hace que me rueguen ir a enseñarle la famosa brújula. Si grande es su sorpresa, aún es mayor la mía al ver tanta ignorancia entre gentes dueñas de miles de cabezas de ganado y *de estancias de grandísimas extensiones. Sólo* puede explicarse esta ignorancia por la escasez de visitas de forasteros en este remoto rincón. Me preguntan si es la tierra o el sol quien se mueve, si en el norte hace más calor o más frío, dónde está España y otra multitud de cosas por el estilo. Casi todos los habitantes tienen una vaga idea de que Inglaterra, Londres y América del Norte son tres nombres diferentes de un mismo lugar; los más instruidos saben que Londres y la América del Norte son países separados, aunque muy cerca uno de otro, y que Inglaterra ¡es una gran ciudad que está en Londres! Llevaba conmigo algunas cerillas químicas, y las encendía con los dientes. No tenía límites el asombro, a la vista de un hombre que produ*cía fuego con los dientes; así es que* acostumbraba a reunirse toda la familia para presenciar ese espectáculo. Un día me ofrecieron un peso por una sola cerilla. En el pueblecillo de Las Minas me vieron jabonarme, lo cual dio lugar a comentarios sin cuento, uno de los principales negociantes me interrogó con cuidado acerca de esta práctica tan singular; preguntóme también por qué a bordo llevábamos barba, pues había oído decir a nuestro guía que entonces gastábamos barba. Ciertamente le era yo muy sospechoso. Tal vez hubiera oído hablar de las abluciones mandadas por la religión mahometana; y sabiendo que era yo hereje, probablemente sacaría la consecuencia de que todos los herejes son turcos. Es usual en este país pedir hospitalidad por la noche en la primera casa algo acomodada que se encuentra. El asombro causado por la brújula y mis demás baratijas servíanme hasta cierto punto, pues con esto y las largas historias que contaban los guías acerca de mi costumbre de romper las piedras, mi facultad de distinguir las serpientes venenosas de las que no lo eran, mi pasión por coleccionar insectos, etc., me hallaba en situación de pagarles su hospitalidad. Verdaderamente, hablo como si me hubiese visto en plena Africa central; no halagará a la banda oriental mi comparación; pero tales eran mis sentimientos en aquella época.



## *De Bahía Blanca a Buenos Aires*

8 de septiembre 1833. Me convengo con un gaucho para que me acompañe durante mi viaje hasta Buenos Aires; me cuesta no poco trabajo encontrar uno. Ya es un padre que no quiere dejar partir a su hijo; ya vienen a participarme que otro, que parecía dispuesto a ir conmigo, es tan cobarde que si ve a lo lejos un avestruz lo tomará por un indio y huirá inmediatamente. Desde Bahía Blanca a Buenos Aires hay unas 400 millas (640 kilómetros), y así siempre se atraviesa un país deshabitado. Salimos una mañana muy temprano.

Después de una ascensión de algunos centenares de pies, para salir de la hondonada de verde césped donde se levanta Bahía Blanca, entramos en una extensa llanura desolada. Está cubierta de restos de rocas calcáreas y arcillosas, pero el clima es tan seco que apenas se ven algunas matas de hierba marchita, sin un solo árbol, sin un solo tallar que rompa su monotonía. El tiempo es hermoso, pero la atmósfera está muy caliginosa. *Creía yo que* ese estado atmosférico presagiaba una tormenta; el gaucho me dijo que ese estado se debe al incendio de la llanura a una gran distancia en el interior. Después de haber galopado mucho tiempo y de cambiar caballos dos veces llegamos al río Sauce. Es un riachuelo profundo y rápido que sólo tiene 25 pies de ancho. La segunda posta del camino de Buenos Aires está en sus márgenes. Un poco más arriba de la costa hay un vado, donde el agua no llega al vientre de los caballos; pero desde ese sitio hasta el mar es imposible vadearlo; por tanto, ese río forma una barrera muy útil contra los indios. (...)

Como aún era temprano en el momento de nuestra llegada, tomamos caballos de refresco y un soldado para guiarnos y salimos en dirección a la sierra de la Ventana. Esta montaña se ve desde el puesto de Bahía Blanca; y el capitán Fitz Roy estima su altura en 3340 pies (1000 metros), altitud muy notable en la parte oriental del continente. Téngome por el primer europeo que ha subido a la cima de esta montaña; un corto número de soldados de la guarnición de Bahía Blanca tuvieron también la curiosidad de visitarla. Por eso se repetían toda clase de *historias acerca de las capas de car*bón, las minas de oro y plata, cavernas y los bosques que contenía, historias que espoleaban mi curiosidad, pero me aguardaba cruel desengaño. Desde la posta a la montaña hay unas seis leguas a través de una planicie tan llana y tan yerma como la que por la mañana habíamos atravesado; pero no por eso era menos interesante el camino, pues cada paso nos iba aproximando a la montaña, cuyas verdaderas formas se nos aparecían *más claramente. Así que llegamos* al pie de ella, nos costó mucho trabajo encontrar agua, y por un momento pensamos vernos obligados a pasar la noche sin poder proporcionárnosla. Al cabo concluimos por encontrarla buscando en las laderas; pues, aun a la distancia de algunos centenares de metros, los arroyuelos quedan absorbidos por las piedras calcáreas quebradizas y los montones de piedrecillas que las rodean. No creo que la naturaleza haya producido nunca una roca más árida y solitaria; aquel peñón merece muy bien su nombre de hurtado. La montaña es escarpada, muy abrupta, llena de grietas y desprovista tan en absoluto de árboles y hasta de monte bajo, que a pesar de todas nuestras pesquisas no *podemos encontrar con qué hacer un asa*dor de palo para asar carne sobre una fogata de tallos de cardo silvestre. El extraño aspecto de esta montaña está realzado por la llanura circundante, parecido al mar; llanura que no sólo viene a morir al pie de sus faldas abruptas, sino que separa también las estribaciones paralelas. Lo uniforme del color hace muy monótono el paisaje; en efecto, ningún matiz más brillante se destaca sobre el fondo gris blanquecino de la roca silícea y sobre el moreno claro de la marchita hierba del llano. En las cercanías de una montaña elevada, suele esperarse ver un terreno muy desigual y sembrado de inmensos fragmentos de peñasco. La naturaleza da aquí la prueba de que el último movimiento que se produce para convertir el álveo del mar en tierra seca puede efectuarse a veces con mucha tranquilidad.

En esas circunstancias, sentíame curioso por saber a qué distancia podían haber sido transportados los guijarros procedentes de la roca primitiva. Pues bien: en las costas de Bahía Blanca y junto a la ciudad de este nombre se encuentran pedazos de cuarzo que, con certeza, provienen de esta montaña, sita a 45 millas de distancia (72 kilómetros).

10 de septiembre. Hacia mediodía llegamos a la posta del Sauce, después de haber corrido bravamente ante la tempestad. (...)

Pasamos la noche en la posta; la conversación, como siempre, versa acerca de los indios. Antiguamente la sierra Ventana era uno de sus puestos favoritos, y hace tres o cuatro años se ha peleado mucho en este sitio. Mi guía tuvo en uno de esos combates, donde muchos indios perdieron la vida. Las mujeres lograron llegar a la cima del monte y allí se defendieron con bravura, haciendo caer grandes piedras sobre los soldados. Muchas de ellas acabaron por ponerse a salvo.

11 de septiembre. Nos dirigimos a la tercera "posta", en compañía del teniente que la mandaba. (...) *Poco rato después, una nube* de polvo nos advierte que se dirige hacia nosotros un tropel de jinetes; mis acompañantes conocen que son indios, cuando aún están a grandísima distancia, por sus cabellos esparcidos por la espalda. Por lo general, los indios llevan una venda alrededor de la cabeza, sin ropa ninguna, y sus largos cabellos negros, levantados por el viento, les dan un aspecto aún más salvaje. Es una parte de la amiga tribu de Bernantio, que va a una salina para proveerse de sal. Los indios comen mucha sal; sus niños mascan terrones de sal, como los nuestros azúcar. Los gauchos tienen un gusto muy diferente, pues apenas la comen, aunque llevan el mismo género de vida; según Mungo Park, los pueblos que sólo se *alimentan de verduras tienen verdadera pa*sión por la sal. Los indios nos saludaron amistosamente al pasar a galope; llevaban ante sí una manada de caballos, y seguíalos a su vez una turba de perros flacos.

20 de septiembre. A mitad del día llegamos a Buenos Aires. Los setos de agaves, los bosques de olivos, de albérchigos y de sauces, cuyas hojas empiezan a abrirse, dan a los arrabales de la ciudad un aspecto delicioso. Me encamino a la casa de M. Lumb, negociante inglés, quien, durante mi estancia en el país, me ha colmado de obsequios.

La ciudad de Buenos Aires es grande y una de las más regulares, creo, que hay en el mundo. Todas las calles se cortan en ángulo recto; y hallándose a igual distancia unas de otras todas las calles paralelas, las casas forman cuadrados sólidos de iguales dimensiones, llamados cuadras.

Las casas, cuyos aposentos dan todos a un patio pequeño muy bonito, no suelen tener más que un piso coronado por una azotea con asientos, donde los habitantes acostumbran a estar por el verano. En el centro de la ciudad está la plaza, alrededor de la cual se ven los edificios públicos, la fortaleza, la catedral, etc.; antes de la revolución, también estaba allí el palacio de los *virreyes. El conjunto de esos* edificios presenta magnífico golpe de vista, aun cuando ninguno de ellos tenga pretensiones de arquitectura bella.

Uno de los espectáculos más curiosos de Buenos Aires es el gran corral donde se guardan, antes de darles muerte, los animales que han de servir para el aprovisionamiento de la ciudad. Es realmente pasmosa la fuerza del caballo comparada con la del buey. Un hombre a caballo, después de sujetar con su lazo al buey por la cornamenta, puede arrastrar a éste donde quiera. El animal hace hincapié en el suelo con las patas extendidas hacia adelante, para resistir a la fuerza que le arrastra, pero todo es inútil; por lo común, también el buey toma carrera y se echa a un lado, pero el caballo se re*vuelve inmediatamente para recibir el choque,* el cual se produce con tanta violencia, que el buey es casi derribado; lo asombroso es que no se desnuque. Conviene advertir que el combate no es del todo igual, pues mientras que el caballo tira con el pecho, el buey tira con lo alto de la cabeza. Además, un hombre puede retener de idéntica manera al caballo más salvaje, si el lazo le sujeta precisamente por detrás de las orejas. Se arrastra al buey hasta el sitio donde han de sacrificarle; después el matador, acercándose con cautela, le corta el corvejón. Entonces el animal exhala su mugido de muerte, el más terrible grito de agonía que conozco. Lo he oído a menudo desde muy lejos, distinguiéndolo entre otra multitud de ruidos, y siempre comprendí que la lucha estaba concluida. Toda esa escena es horrible y repugnante: se anda sobre una capa de osamentas, y caballos y jinetes van cubiertos de sangre. ●

# dedor del mundo





debe al incendio de la llanura a una gran distancia en el interior. Después de haber galopado mucho tiempo y de cambiar caballos dos veces llegamos al río Sauce. Es un riachuelo profundo y rápido que sólo tiene 25 pies de ancho. La segunda posta del camino de Buenos Aires está en sus márgenes. Un poco más arriba de la costa hay un vado, donde el agua no llega al vientre de los caballos; pero desde ese sitio hasta el mar es imposible vadearlo; por tanto, ese río forma una barrera muy útil contra los indios. (...)

Como aún era temprano en el momento de nuestra llegada, tomamos caballos de refresco y un soldado para guiarnos y salimos en dirección a la sierra de la Ventana. Esta montaña se ve desde el puesto de Bahía Blanca; y el capitán Fitz Roy estima su altura en 3340 pies (1000 metros), altitud muy notable en la parte oriental del continente. Téngome por el primer europeo que ha subido a la cima de esta montaña; un corto número de soldados de la guarnición de Bahía Blanca tuvieron también la curiosidad de visitarla. Por eso se repetían toda clase de historias acerca de las capas de carbón, las minas de oro y plata, cavernas y los bosques que contenía, historias que espoleaban mi curiosidad, pero me aguardaba cruel desengaño. Desde la posta a la montaña hay unas seis leguas a través de una planicie tan llana y tan yerma como la que por la mañana habíamos atravesado; pero no por eso era menos interesante el camino, pues cada paso nos iba aproximando a la montaña, cuyas verdaderas formas se nos aparecían más claramente. Así que llegamos al pie de ella, nos costó mucho trabajo encontrar agua, y por un momento pensamos vernos obligados a pasar la noche sin poder proporcionárnosla. Al cabo concluimos por encontrarla buscando en las laderas; pues, aun a la distancia de algunos centenares de metros, los arroyuelos quedan absorbidos por las piedras calcáreas quebradizas y los montones de piedrecillas que las rodean. No creo que la naturaleza haya producido nunca una roca más árida y solitaria; aquel peñón merece muy bien su nombre de hurtado. La montaña es escarpada, muy abrupta, llena de grietas y desprovista tan en absoluto de árboles y hasta de monte bajo, que a pesar de todas nuestras pesquisas no podemos encontrar con qué hacer un asador de palo para asar carne sobre una fogata de tallos de cardo silvestre. El extraño aspecto de esta montaña está realzado por la llanura circundante, parecido al mar; llanura que no sólo viene a morir al pie de sus faldas abruptas, sino que separa también las estribaciones paralelas. Lo uniforme del color hace muy monótono el paisaje; en efecto, ningún matiz más brillante se destaca sobre el fondo gris blanquecino de la roca silícea y sobre el moreno claro de la marchita hierba del llano. En las cercanías de una montaña elevada, suele esperarse ver un terreno muy desigual y sembrado de inmensos fragmentos de peñasco. La naturaleza da aquí la prueba de que el último movimiento que se produce para convertir el álveo del mar en tierra seca puede efectuarse a veces con mucha tranquilidad.

En esas circunstancias, sentíame curioso por saber a qué distancia podían haber sido transportados los guijarros procedentes de la roca primitiva. Pues bien: en las costas de Bahía Blanca y junto a la ciudad de este nombre se encuentran pedazos de cuarzo que, con certeza, provienen de esta montaña, sita a 45 millas de distancia (72 kilómetros).

10 de septiembre. Hacia mediodía llegamos a la posta del Sauce, después de haber corrido bravamente ante la tempestad. (...)

Pasamos la noche en la posta; la conversación, como siempre, versa acerca de los indios. Antiguamente la sierra Ventana era uno de sus puestos favoritos, y hace tres o cuatro años se ha peleado mucho en este sitio. Mi guía tuvo en uno de esos combates, donde muchos indios perdieron la vida. Las mujeres lograron llegar a la cima del monte y allí se defendieron con bravura, haciendo caer grandes piedras sobre los soldados. Muchas de ellas acabaron por ponerse a salvo.

11 de septiembre. Nos dirigimos a la tercera "posta", en compañía del teniente que la mandaba. (...) Poco rato después, una nube de polvo nos advierte que se dirige hacia nosotros un tropel de jinetes; mis acompañantes conocen que son indios, cuando aún están a grandísima distancia, por sus cabellos esparcidos por la espalda. Por lo general, los indios llevan una venda alrededor de la cabeza, sin ropa ninguna, y sus largos cabellos negros, levantados por el viento, les dan un aspecto aún más salvaje. Es una parte de la amiga tribu de Bernantio, que va a una salina para proveerse de sal. Los indios comen mucha sal; sus niños mascan terrones de sal, como los nuestros azúcar. Los gauchos tienen un gusto muy diferente, pues apenas la comen, aunque llevan el mismo género de vida; según Mungo Park, los pueblos que sólo se alimentan de verduras tienen verdadera pasión por la sal. Los indios nos saludaron amistosamente al pasar a galope; llevaban ante sí una manada de caballos, y seguíalos a su vez una turba de perros flacos.

20 de septiembre. A mitad del día llegamos a Buenos Aires. Los setos de agaves, los bosques de olivos, de albérchigos y de sauces, cuyas hojas empiezan a abrirse, dan a los arrabales de la ciudad un aspecto delicioso. Me encamino a la casa de M. Lumb, negociante inglés, quien, durante mi estancia en el país, me ha colmado de obsequios.

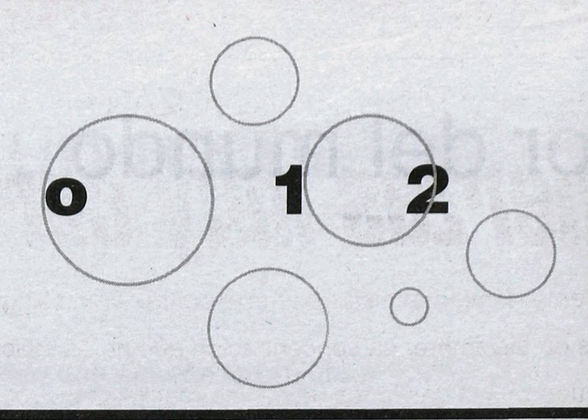
La ciudad de Buenos Aires es grande y una de las más regulares, creo, que hay en el mundo. Todas las calles se cortan en ángulo recto; y hallándose a igual distancia unas de otras todas las calles paralelas, las casas forman cuadrados sólidos de iguales dimensiones, llamados cuadras.

Las casas, cuyos aposentos dan todos a un patio pequeño muy bonito, no suelen tener más que un piso coronado por una azotea con asientos, donde los habitantes acostumbran a estar por el verano. En el centro de la ciudad está la plaza, alrededor de la cual se ven los edificios públicos, la fortaleza, la catedral, etc.; antes de la revolución, también estaba allí el palacio de los virreyes. El conjunto de esos edificios presenta magnífico golpe de vista, aun cuando ninguno de ellos tenga pretensiones de arquitectura bella.

Uno de los espectáculos más curiosos de Buenos Aires es el gran corral donde se guardan, antes de darles muerte, los animales que han de servir para el aprovisionamiento de la ciudad. Es realmente pasmosa la fuerza del caballo comparada con la del buey. Un hombre a caballo, después de sujetar con su lazo al buey por la cornamenta, puede arrastrar a éste donde quiera. El animal hace hincapié en el suelo con las patas extendidas hacia adelante, para resistir a la fuerza que le arrastra, pero todo es inútil; por lo común, también el buey toma carrera y se echa a un lado, pero el caballo se revuelve inmediatamente para recibir el choque, el cual se produce con tanta violencia, que el buey es casi derribado; lo asombroso es que no se desnuque. Conviene advertir que el combate no es del todo igual, pues mientras que el caballo tira con el pecho, el buey tira con lo alto de la cabeza. Además, un hombre puede retener de idéntica manera al caballo más salvaje, si el lazo le sujeta precisamente por detrás de las orejas. Se arrastra al buey hasta el sitio donde han de sacrificarle; después el matador, acercándose con cautela, le corta el corvejón. Entonces el animal exhala su mugido de muerte, el más terrible grito de agonía que conozco. Lo he oído a menudo desde muy lejos, distinguiéndolo entre otra multitud de ruidos, y siempre comprendí que la lucha estaba concluida. Toda esa escena es horrible y repugnante: se anda sobre una capa de osamentas, y caballos y jinetes van cubiertos de sangre. ●

**v e r a n o 1 2**

# JUEGOS



## ENIGMA CORRUPTO

*Diversos partidos políticos fueron objeto de denuncias de corrupción, y ahora deberán presentar pruebas en su descargo. Averigüe de qué país es cada partido, qué cargo tiene en su contra y qué juez entiende en la causa.*

| | | PAIS | | | | | CARGO | | | | | JUEZ | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | Bolgotria | Mongonia | Nigendia | Prusetina | Transilia | Administración fr. | Desfalco | Enriquecimien. ilícito | Estafa | Violación der. hum. | Bentancur | Carroll | Felman | Marión | Pekerman |
| PARTIDO | AU | | | | | | | | | | | | | | | |
| | CV | | | | | | | | | | | | | | | |
| | MW | | | | | | | | | | | | | | | |
| | PX | | | | | | | | | | | | | | | |
| | UY | | | | | | | | | | | | | | | |
| JUEZ | Bentancur | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Carroll | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Felman | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Marión | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Pekerman | | | | | | | | | | | | | | | |
| CARGO | Administración fr. | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Desfalco | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Enriquecimien. ilícito | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Estafa | | | | | | | | | | | | | | | |
| | Violación der. hum. | | | | | | | | | | | | | | | |



1. El PX fue acusado de organizar un desfalco a un banco estatal. No interviene en el caso el Dr. Felman.
2. Carroll leva adelante el juicio en que el partido prusetino, que no es el CV, fue denunciado por cometer una estafa.
3. Pekerman interviene en el caso del UY. No es de Nigendia.
4. Pekerman puede ser el juez de Prusetina o el que entiende en la causa de la administración fraudulenta.
5. El partido de Bolgotria, que no es el CV ni el MW, fue acusado de violar los derechos humanos.
6. Betancur inerviene en el juicio del enriquecimiento ilícito. No es nigendés ni transiliano.

## ACOMODO

*Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.*

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| ATOMO | | | | | | |
| CABRA | | | | | | |
| CICLO | | | | | | |
| MULTA | | | | | | |
| LECHE | | | | | | |
| POLO | | | | | | |

## DAMERO ENIGMATICO

*En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (El MORO CHOcó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.*

**DEFINICIONES**

1. Amanso la cúpula.
2. **No dora** el ornamento.
3. **Es torpe** y no merece consideración.
4. ¡Vaya rara serpiente ponzoñosa!
5. Va a **dar sol** en la parte de la espalda.
6. Va a contar cada arco de esta serie.
7. **Roger se** alegró por tu vuelta.
8. No **la meta** en la valija.
9. Derriba a este clérigo.
10. Tengo **amenas** actividades para estos siete días.
11. **Tu eco es** conciso.
12. **Posaré** la vasija para la sopa.
13. **Cayó al** pie del criado.
14. Separe una de las tazas **para té.**
15. Tal vez el edicto de zar **cause** sorpresa.
16. No ven octavo, sino siguiente.
17. Comí pan, Ema, en esta playa carioca.
18. **El caro** precio que le causa ira.
19. Ver tal arma le causa inquietud.
20. Un amor tal es letal.
21. **Están** anteriormente.

| | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 | | | | | | |
| 2 | | | | | | |
| 3 | | | | | | |
| 4 | | | | | | |
| 5 | | | | | | |
| 6 | | | | | | |
| 7 | | | | | | |
| 8 | | | | | | |
| 9 | | | | | | |
| 10 | | | | | | |
| 11 | | | | | | |
| 12 | | | | | | |
| 13 | | | | | | |
| 14 | | | | | | |
| 15 | | | | | | |
| 16 | | | | | | |
| 17 | | | | | | |
| 18 | | | | | | |
| 19 | | | | | | |
| 20 | | | | | | |
| 21 | | | | | | |

**SILABAS**

a, a, a, a, an, ar, ba, ca, ca, ca, có, cue, da, do, dor, dor, es, gre, I, la, lar, le, le, ma, ma, ma, ma, mo, mor, na, ne , no, no, no, pa, par, pe, pe, ra, ra, ra, rá, re, res, sal, se, se, so, so, ta, tal, te, te, tes, to, to, u, ve, ya, yo.




## SOLUCIONES

### ACOMODO

| | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|
| A | T | O | M | O | |
| C | A | B | R | A | |
| | C | I | C | L | O |
| | M | U | L | T | A |
| L | E | C | H | E | |
| P | O | L | O | | |

### ENIGMA CORRUPTO

AU, Bolgotria, violación de los derechos humanos, Felman.
CV, Mongonia, enriquecimiento ilícito, Betancur.
MW, Prusetina, estafa, Carroll.
PX, Nigendia, desfalco, Marión.
UY, Transilia, administración fraudulenta, Pekerman.

### DAMERO ENIGMATICO

**1.** Domo. **2.** Adorno. **3.** Respeto. **4.** Yarará. **5.** Dorsal. **6.** Arcada. **7.** Regreso. **8.** Maleta. **9.** Abate. **10.** Semana. **11.** Escueto. **12.** Sopera. **13.** Lacayo. **14.** Aparte. **15.** Ucase. **16.** Noveno. **17.** Ipanema. **18.** Cólera. **19.** Alarma. **20.** Mortal. **21.** Antes.
"Dar y dar más es la única manera de tener y tener más."
Dale Carnegie.

